

«Áreas bajo estrés en sitios seleccionados de Puerto Rico. Los centros históricos urbanos de San Juan y Ponce»

Probablemente por la naturaleza misma de los objetivos de estudio de este trabajo de investigación que reseñamos, el autor, doctor Miguel Sánchez Celada, puso en práctica una amalgama de enfoques y metodologías muy diversas. Tal y como requerido en el ámbito de las tradiciones de los estudios regionales en la geografía, este libro nos presenta una mirada analítica a través de un amplio espectro de aquellos (geo) factores relevantes para dar respuesta a un buen número de las posibles interrogantes que se desprenden de una investigación como la que este libro nos detalla. Una tal investigación como esta es, sin dudas, un gran reto que requiere –de inicio– mucho trabajo de compilación de datos en fuentes muy diversas y por supuesto su correspondiente análisis analítico para luego establecer los alcances y límites de los resultados obtenidos.

Este libro y la investigación de la que nace, parte de premisas epistemológicas inductivas, típicas en los diversos enfoques regionales en general y del enfoque de la geografía del paisaje en particular. Los acercamientos teóricos y metodológicos en la geografía regional han sido y son históricamente elusivos y motivo de amplios debates epistemológicos y teóricos que no terminan. Si complicado es la historia de los temas regionales en la geografía, mucho también lo ha sido la propia demarcación conceptual del concepto paisaje como herramienta de estudio. Esto fue así desde que los propios forjadores de la geografía moderna que comenzaron a utilizarlo como una unidad territorial que facilitaba el entendimiento analítico en la geografía.

¿Pero por qué es tan complicado el uso y aplicación del término paisaje en la geografía? El problema fundamental radica en que la palabra paisaje es esencialmente de naturaleza polisémica tanto en uso corriente como desde que comenzó a usarse en su aplicación científica más multidisciplinaria. De ordinario, y antes de que surgiera la propia geografía moderna, las nociones del concepto paisaje se orientan más a imaginar o pensar en elementos de la naturaleza que desde algún modo representan una dimensión estético-armónica, tal y como los paisajes que plasmaban en sus lienzos los más destacados pintores paisajistas europeos y japoneses durante siglos pasados. Pero todavía es difícil negar que para muchas personas al hablar de paisajes su imaginación los transporte de inmediato a imágenes de campos floridos, arboledas otoñales, animales en sus espacios cotidianos, estanques con peces, nutridas cascadas o vastos

sembradíos primaverales quizás. Esto por supuesto en detrimento a caseríos (como, por ejemplo, los paisajes urbanos de algunos cuadros expresionistas de Egon Schiele a principios del siglo 20) u otros elementos también constitutivos de los paisajes pero en su dimensión cultural.

Desde el *Landschaftskunde* (la primera vida del concepto geografía del paisaje) acuñado por el propio Karl Ritter en Berlín, pasando por la «*Morfología del Paisaje*» de Carl Sauer en 1925 y hasta los trabajos –un poco más tarde– de Carl Troll en el ámbito del *Landschaftsökologie* (ecología del paisaje), donde se postulaba el paisaje como un sistema de interrelaciones e interdependencias imbricadas entre sí mismas; el concepto paisaje continuó siendo elusivo y multifacético ya que posteriormente se comenzó incluso a usar para nombrar nuevas áreas de aplicación como lo es el «*Landschaftsplanung*» o planificación del paisaje.¹ Sin embargo, hay que reconocer que como muy bien discute Sánchez Celada en su acercamiento teórico de este libro, es de la mano de Paul Vidal de la Blache y la escuela de geografía francesa –posibilista– que se van creando aplicaciones para el paisaje a través de la *ordenación y planificación territorial*, y desde donde se han venido gestado políticas y marcos normativos para el cuidado y conservación de paisajes culturales ante los fuertes asedios y presiones de desarrollo, especialmente en los espacios urbanos. Así, desde que la UNESCO y otros organismos fueron tratando de rescatar el valor de elementos distintivos del paisaje cultural, el término ha venido, sin dudas, disputando la relevancia y protagonismo que los paisajes naturales habían logrado conquistar. Este libro en gran medida es heredero de toda esta tradición y evolución del concepto paisaje pero sobre todo de su utilidad y valor indispensable como herramienta de análisis contemporánea.

De hecho, resulta muy interesante, la expresión que sobre eso en particular hace el prologoista de este libro, el doctor Antonio Zárate, cuando dice y citamos directo del libro:

«En Puerto Rico, bajo el ámbito de la influencia cultural de los Estados Unidos y de sus organismos estatales (federales, nota del autor) los paisajes naturales han atraído siempre más la atención de los gestores del territorio que los paisajes culturales, entendiéndolos por ellos una creación del hombre y de la naturaleza», tal y como fueron definidos por la UNESCO en la Convención del Patrimonio Cultural y Natural de París de 1992 (Sánchez Celada, 2018, pag. 10)».

A esto habría, por cierto, que puntualizar que los paisajes, en particular los culturales, obviamente también constituyen un substrato desde donde se manifiestan y representan concepciones ideológicas encontradas y que muchas veces ese desdén que nos menciona Zárate, como ejemplo, hacia el patrimonio cultural tenga posiblemente

¹ Steinhardt, U.; Blumenstein, O.; Barsch, H. *Landschaft als Gegenstand wissenschaftlicher Erkenntnis. Lehrbuch der Landschaftsökologie*. 2012, Springer Verlag: ISBN: 978-3-8274-2396-2a.

mucho que ver con las propias visiones y subjetividades políticas en el ámbito de la gestión territorial. Y es que en muchas ocasiones los paisajes naturales pueden apreciarse a partir de su origen y formación desvinculado de procesos sociohistóricos y se les considera entonces poseedores de cierta neutralidad ficticia. Parte de lo fascinante, sin dudas, de los propios paisajes culturales es esa capacidad de atestiguar y representar los pasados sociohistóricos y sus contradicciones para que puedan ser apreciadas y estudiadas en el presente.

El punto de partida del libro que reseñamos, más allá de la discusión y delimitación teórico-conceptual alrededor del término paisaje, es lo relativo a definir el alcance y naturaleza del estudio en cuestión. Miguel Sánchez Celada centra su trabajo de investigación en dos lugares particulares de Puerto Rico: San Juan, la capital histórica, y sede de la oficialidad española en Puerto Rico por unos 400 años, y Ponce, la ciudad llamada señorial, y que se gestó históricamente agradeciendo la presencia limitada de la oficialidad española en San Juan y retando siempre el carácter capitalino del norte sobre su emplazamiento genuinamente más caribeño en la costa meridional, en pleno Mar Caribe. San Juan y Ponce han sido durante mucho tiempo los asentamientos más dominantes en el ordenamiento y estructura territorial del paisaje urbano de Puerto Rico. Son, por cierto, portadoras de las mejores dotaciones infraestructurales que evidencian el máximo desarrollo del patrimonio edificado colonial-español en el país y que a su vez constituye quizás, en general, el patrimonio cultural más relevante, mejor dotado y en parte mejor conservado del país pero no el mejor documentado, como nos revela con sorpresa la investigación de Sánchez Celada. De ahí es de donde deriva su incalculable valor y potencial turístico a nivel internacional, a lo cual este libro pone especial atención.

En general un libro como este, por su propia naturaleza temática y ámbito de investigación, nos parece que llega en un momento muy oportuno en Puerto Rico. La evaluación rigurosa e integradora que hace Sánchez Celada de los riesgos y vulnerabilidades en Puerto Rico en este preciso momento histórico del país es uno de los aportes más destacados y singulares. Los balances entre sociedad y naturaleza han sido tan descuidados que se hacen notables cada vez más los riesgos a que nuestro ordenamiento social se enfrenta vis a vis eventos naturales que puedan causar impactos negativos severos sobre la isla o regionalmente. En los últimos 25 años hemos presenciado, por ejemplo, eventos de sequías que ponen de relieve el tema de la reducida capacidad de almacenaje de agua en una isla húmedo-tropical donde se precipitan, sin embargo, grandes cantidades de agua cada año. Igual hemos visto eventos de grandes lluvias que causan desastres de envergadura, como lo fue el deslizamiento de tierra en el sinuoso barrio Mameyes de Ponce, el 7 de octubre de 1985. Las peculiares lluvias convectivas cotidianas, la reducción de superficies de retención urbana y los problemas con el manejo de sus escorrentías, ha dado paso al surgimiento del fenómeno (al parecer cada vez más frecuente fatídico), al cual le hemos llamado en Puerto Rico «*inundaciones urbanas repentinas*». Este fenómeno ciudadano cada año suma pérdidas cuantiosas, solo pensando en las paralizaciones del flujo vehicular en San Juan

y todo lo que eso implica respecto al movimiento de mercancías y servicios para la economía de la de San Juan, que es una parte significativa de la economía del país. Realmente poco hemos hecho con relación a la vulnerabilidad con respecto a terremotos, tsunamis o como si fuera poco a las inminentes repercusiones que el cambio climático está causando. Ante este cuadro de riesgos verdaderamente no tenemos, tan siquiera, los debidos análisis ni mucho menos hemos podido integrar efectivamente a nuestro marco normativo políticas de gestión y manejo territorial que reduzcan los riesgos potenciales. Este trabajo es ciertamente de los pocos en Puerto Rico donde se analizan y evalúan con metodologías muy convenientes los riesgos en conjunto.

Como si fuera poco, la fragilidad y vulnerabilidad general de la isla quedó claramente evidenciada en el pasado septiembre de 2017. El paso de los huracanes Irma y María ha marcado con desgracia el devenir de los puertorriqueños, no solo por la devastación ocasionada y el alto número de fatalidades humanas ocurrido, sino porque nos hizo recordar la gran fragilidad que padece Puerto Rico, una isla expuesta al paso implacable de los huracanes en el Caribe. De hecho, nos parece muy acertada la inclusión de toda la rica documentación histórica sobre los huracanes en Puerto Rico que Sánchez Celada pone en este libro a la disposición de futuros trabajos de investigación así como para referencia del público interesado en general. Hay que señalar que resulta una de las pocas veces que el tema de los huracanes en Puerto Rico se aborda desde la geografía, aunque sin dudas la geografía es un tipo de acercamiento científico esencial para entender la incidencia de estos fenómenos a través de nuestra historia pero más porque nos brinda las claves de cómo organizar la estructura territorial de la sociedad puertorriqueña de una manera más segura.

En realidad, estos asuntos de la incidencia de los huracanes en el Caribe, la vulnerabilidad y sus implicaciones para la ordenación territorial implica que se tome mucho más seriamente la necesidad de estudiar científicamente estos temas de desastres naturales como parte integral de una visión de desarrollo. Eso nos hace pensar este libro. Precisamente este trabajo es un aporte en esa dirección cuando el doctor Miguel Sánchez Celada nos presenta su investigación como un instrumento de evaluación multidimensional de riesgos para los centros históricos de las ciudades de San Juan y Ponce. Nos parece muy lógica la selección de ambos asentamientos como caso de estudio para poner a prueba una combinación muy variada de instrumentos adaptados para su investigación así como de enfoques que examinan un lapso de tiempo bastante amplio y con múltiples procesos de gran impacto en la modificación y transformación de los distintos espacios geográficos en Puerto Rico.

En este libro se parte de la premisa de que ambos centros históricos urbanos son a la vez paisajes culturales impregnados por una gran cantidad de edificaciones (patrimonio edificado) y otros elementos infraestructurales que constituyen un legado importante que vale la pena preservar a la misma vez que son dignos de organizarlos de tal manera que puedan ser apreciados tanto por los puertorriqueños como por los visitantes pero reduciendo su exposición de efectos adversos. De ahí entonces parte la investigación de Sánchez Celada al concluir que ciertamente ambas unidades territo-

riales, en su calidad de paisajes culturales, constituyen dos de los espacios de mayor potencial para el desarrollo turístico.

En el libro se discuten datos y tendencias relacionadas a lo que viene ocurriendo con el turismo en general. El Caribe es ciertamente una de las regiones-destino turísticas más importantes del mundo. Sus paisajes naturales, especialmente paisajes naturales costeros con playas excepcionales, junto a un régimen climático muy favorable, han creado las condiciones para que el Caribe goce de gran renombre como uno de los grandes destinos turísticos a escala global. Pero como muy bien se desprende de este trabajo, el turismo no solo ha crecido en números sino que se ha venido haciendo cada vez una actividad más compleja y diversificada con múltiples segmentos e intersecciones de interés por parte de los viajeros que no siempre son compatibles entre sí creando una necesidad creciente de especialización en el marco de las ofertas para atender los nuevos requerimientos y expectativas de los visitantes. Los paisajes costeros del Caribe dictaron una tendencia muy fuerte hacia el llamado turismo de playa complementado con algunas actividades como los casinos. Sin embargo, el aumento de los flujos turísticos ha venido acompañado de nuevos públicos con otros intereses; en particular públicos con interés en conocer un tanto los diversos trasfondos socioeconómicos de los paisajes que visitan. A partir de esas realidades se ha encontrado, como bien lo menciona Sánchez Celada, que parte de los nuevos visitantes al Caribe deseen entonces entrar en contacto con otra morfología y tipología de paisajes, más allá de los tradicionales. En especial con paisajes culturales que puedan contribuir también a un acercamiento, como mencionamos, hacia procesos sociohistóricos relevantes así como asuntos concernientes al folclor, las artes y otros tantos aspectos que propendan a trascender la típica experiencia de descanso y relajación ausentista de la realidad de los paisajes visitados. Y es que el Caribe ciertamente, más allá de la belleza de sus playas y otros paisajes naturales de gran valor escénico, es también un conglomerado de islas con grandes atractivos culturales que van desde sus paisajes edificados (muy ricos en amalgamas de estilos arquitectónicos únicos) hasta sus ritmos, bailes, historias y, por cierto, delicias culinarias también sin dejar de mencionar las ricas experiencias que puede producir en los visitantes la interacción con las poblaciones.

No hay duda que para poder entender mejor este asunto de los potenciales estresores de paisajes culturales, se tienen que analizar los comportamientos, dinámicas y diferenciaciones regionales de las características de los diversos flujos turísticos en el Caribe. Sánchez Celada, nos ofrece una muy valiosa visión panorámica de lo que ha venido ocurriendo con el turismo en los principales destinos de la región. Cuba, La República Dominicana y Puerto Rico resultan ser tres de los mayores receptores de los flujos turísticos hacia el Caribe con ciertas similitudes pero a la vez con características muy diferentes. En estos tres casos los flujos son de diversas fuentes, especialmente los que se dirigen hacia Puerto Rico, donde por décadas los turistas provienen mayormente del este de los Estados Unidos y el carácter socioeconómico del visitante se caracteriza por tener un perfil de ingresos desde mediano a alto. En los últimos 25 años en Puerto Rico ha crecido también –con altas y bajas– el turismo de cruceros que

es muy fuerte y crecientemente competido también en el Caribe, en especial en el Caribe oriental. En cambio, en el caso de la República Dominicana predomina el turismo bajo el concepto de «todo incluido» que se ha proliferado en una masiva oferta a través de polos regionales impregnados de decenas de hoteles como Punta Cana, Puerto Plata y La Romana. Esos destinos están asociados –más bien– con públicos de ingresos relativamente moderados (aunque no exclusivamente) procedentes mayormente, aunque no exclusivamente, de Europa. En el caso de Cuba, se ha visto un crecimiento vertiginoso del turismo en las últimas dos décadas captando una parte de los flujos del turismo europeo de tipo «todo incluido» junto con la gran novedad y atractivo de conocer una sociedad diferente y llamativa. Como se desprende de lo anterior, los flujos no son iguales y se manifiestan grandes divergencias, que muy bien recoge el análisis de Sánchez Celada. Lo que realmente nos demuestra este segmento del libro es específicamente que reconocer las diversidades de los flujos turísticos nos puede ayudar a comprender mejor cómo potencialmente serán sus impactos sobre los paisajes culturales.

En el marco de estudio de Sánchez Celada se abordan categorías analíticas muy relevantes como la caracterización de la actividad turística y un amplio desglose de criterios relativos al complicado concepto de capacidad de carga. Un aspecto que debemos destacar es que las herramientas y metodologías de análisis antes mencionadas tienen un gran potencial de ser adaptadas sin muchas complicaciones y ser usadas como base de estudios de casos con finalidades comparativos. En otros segmentos del libro el autor se adentra hacia una valoración cualitativa de los potenciales para el desarrollo de un turismo urbano sostenible bajo la idea de un contexto netamente caribeño.

Como bien reconoce el autor, una de las características esenciales de los espacios geográfico o del territorio es el cambio. Nos parece muy pertinente y bien logrado el examen del devenir histórico que Sánchez Celada hace de Puerto Rico y vale la pena explicar un tanto el por qué de nuestra aseveración. Aunque en Puerto Rico existe una gran actividad historiográfica, a penas hay trabajos sobre el devenir histórico de Puerto Rico desde una perspectiva espacial o territorial. En este relato histórico se brinda otra mirada, más territorial, del proceso histórico de la Isla. Ese proceso histórico que nos presenta el autor está matizado fuertemente por el tema colonial y de ese modo en parte podemos entender mejor como han venido evolucionando los paisajes culturales sintetizando en gran medida las contradicciones de ese pasado histórico tan particular. Y es que los paisajes –especialmente los culturales– tienen esa virtud de representar también morfológicamente fenómenos que transcurren en la dimensión del tiempo, esa dimensión de la nos hablaba Kant con respecto a su relación inquebrantable con la corología (relaciones de localidad).

Bajo la premisa del cambio constante, destacamos el análisis de conjunto que nos brinda el autor de los aspectos regionales más relevantes de Puerto Rico tales como su clima, la geomorfología, hidrogeografía, suelos y por supuesto la geología junto a la frágil e incomprensible biogeografía isleña. Vale la pena mencionar que el trabajo aquí no se limita a recopilar datos y actualizarlos. En algunos parámetros el autor aplica herramientas geoestadísticas para redimensionar sus impactos especiales como el

tema de la vulnerabilidad a eventos gravitacionales. Otro aspecto muy valioso en sí mismo es, por ejemplo, la reelaboración de mapas clásicos como los de Watson Monroe que Sánchez realizó. El mérito está no solo en lo novel y pertinente del análisis de Sánchez Celada para Puerto Rico sino también por supuesto porque Puerto Rico es un país donde escasean desafortunadamente trabajos de este perfil. En especial es valioso porque en décadas recientes se han sucedido múltiples y rasantes procesos económicos, urbanos, comerciales de grandes impactos ambientales y territoriales. Es también valioso en el sentido de la fuerte tendencia a la especialidad en las investigaciones ambientales y la falta de miradas que integren y calibren en conjunto una amplia gama de nuevos conocimientos que se generan sobre los problemas de naturaleza ambiental en Puerto Rico. Este trabajo es una plataforma excelente para encontrar análisis comprensivos de una parte importante de todo ese cúmulo de trabajos de décadas recientes que son excesivamente disciplinarios y metaespecializados.

Ya con un marco de estudio sobre la historia territorial de Puerto Rico, del conjunto de riesgos y peligros naturales en general y con el análisis correspondiente del tema de los flujos turísticos, Sánchez Celada avanza entonces en los análisis sobre las estructuras y morfologías urbanas de los centros históricos de San Juan y Ponce. Nuevamente en esa parte del libro no solo nos brinda una amplia y variada documentación para diferenciar la manera particular como cada entorno urbano se han desarrollado y cual es su estado de situación al presente en términos de factores claves. Sobre estas bases de conocimientos, el autor entonces desarrolla su propuesta metodológica-analítica usando variadas técnicas cuantitativas y cualitativas. Debo confesar que el carácter ecléctico del trabajo Sánchez Celada me parece precisamente uno de los grandes logros de este libro. Es probable que esta articulación ecléctica sea parte de su vasta experiencia previa como geógrafo aplicado en su natal Cuba, y que entiende muy bien que los fenómenos de investigación en ocasiones dictan la necesidad de utilizar marcos y enfoques variados.

De la exposición y análisis de las proyecciones turísticas mundiales y regionales, el autor nos revela que el potencial del patrimonio histórico-cultural de los centros urbanos de San Juan y Ponce es muy grande. A base de la elaboración de un conjunto de indicadores de impactos turísticos así como de la construcción de un conjunto de matrices de datos ambientales, económicos, socioculturales, Sánchez Celada hace un extraordinario inventario de las características más distintivas de cada sitio patrimonial de una manera detallada, organizada y precisa. Nuevamente hay que destacar el valor de esas matrices para otros estudios de casos para el Caribe o zonas bajo estrés turístico en general con paisajes culturales valiosos y dignos de conservación.

La parte central del libro es la delimitación de las zonas bajo estrés potencial tomando en cuenta el flujo actual del turismo y el incremento en años futuros así como la vulnerabilidad económica de San Juan y Ponce. Pero no solo se limita a la valoración de los riesgos ante peligros por causas de eventos naturales, también, como ya mencionamos, pone énfasis y adapta exitosamente metodologías para estimar riesgos vía las propias dinámicas de posible saturación provenientes del crecimiento descon-

trolado y sin limitaciones de los flujos en los centros bajo estudio, introduciendo un valioso debate de las capacidades de carga de estos paisajes. De hecho, como se documenta en el libro, el Viejo San Juan, como le suele llamar al centro histórico capitalino, ha sido una de las más emblemáticas capitales del turismo de cruceros en el Caribe. En estos momentos parece que existe una tendencia a recuperar terreno perdido en ese liderazgo en el Caribe con un paulatino incremento tanto del volumen de pasajeros llegando a San Juan para abordar como en el número de embarcaciones, rompiendo con unos años recesivos en ese sector turístico. De este modo observamos como comienzan a aflorar nuevamente los debates sobre la saturación de turistas en un espacio limitado y cuáles serían los límites para manejar esos flujos en crecimiento. Y más aún cuando desde Europa ya también tienden a adquirir notoriedad los partes noticiosos reportando las crecientes manifestaciones críticas y hostilidades al turismo en masa urbano, especialmente el que procede de los grandes cruceros a lugares de sitios patrimoniales emblemáticos europeos.

Intensos debates se han prolongado en el ambiente público en Puerto Rico sobre qué tipo de políticas públicas establecer para armonizar distintos tipos de usos del espacio al interior del centro histórico sanjuanero como, por ejemplo, el cerrar el tránsito a vehículos de motor en las calles que dan acceso a sitios históricos más destacados, convirtiendo de hecho, el entorno en un paseo peatonal y de vehículos no motorizados. De hecho, este es un tema directamente tratado en este libro. La inmensa mayoría de estos debates, que se han venido produciendo por más de 25 años en Puerto Rico, en realidad muchos carecen de bases datos precisos e información científica de rigor para poder sostener las aseveraciones y visiones de distintos sectores. A nuestro entender este trabajo de Sánchez Celada precisamente viene a llenar también un enorme vacío en ese ámbito para contribuir desde el rigor científico a unos posibles consensos futuros para el más efectivo e integral manejo del centro histórico de San Juan como paisaje cultural pero también para otros espacios como Ponce, entre muchos otros. Precisamente el último segmento del libro trata sobre las recomendaciones que el autor, luego de un amplio proceso de documentación y análisis. Por la intensa inmersión que Sánchez Celada llevó a cabo durante esta investigación, no nos cabe duda que está en posición de hacer importantes reflexiones y recomendaciones sobre políticas públicas a las autoridades turísticas en Puerto Rico. Nos parece especialmente aleccionador una contundente expresión que Sánchez Celada en ese sentido nos comunica en el primer párrafo de esa quinta y última sección de su libro titulada muy sugestivamente «Una mirada de alerta para las autoridades turísticas de Puerto Rico»:

«Solo una ciencia integradora como la geografía es capaz de develar las distintas, sutiles y complicadas interrelaciones que se establecen entre ciudades, sus centros históricos, sus habitantes, sus sitios patrimoniales, su cultura, la sociedad y los eventos extremos de origen natural, entre muchas otras» (Sánchez Celada, 2018, pag. 227).

Esa es la gran virtud que demuestra el valor de la geografía para abordar problemas de la complejidad como el que el autor se trazó llevar a cabo en este trabajo. Una de las conclusiones que mayor peso reviste en nuestra opinión, es la que apunta hacia la necesidad de que se establezcan políticas de manejo de los paisajes culturales de una manera más integral, en otras, palabras, que se le de participación y se tomen en cuenta todos los actores involucrados en el proceso turístico. Cabe destacar también la valiosa conclusión y recomendación sobre que no solo hay que documentar y estudiar los riesgos, los peligros y vulnerabilidades a eventos naturales, sino hay que reconocerlos como tales para enfrentarlos y manejarlos adecuadamente.

No se puede terminar una reseña de este libro sin destacar también el manejo de diversas fuentes de documentación que dan enorme sustento a las líneas de trabajo generales de la investigación y por ende del libro. Fotografías presentes y pasadas, mapas históricos y de sistemas de información geográficos, imágenes satelitales, gráficos variados, representaciones geoestadísticas y documentos oficiales de todo orden y distintas épocas constituyen una buena parte de las abundantes ilustraciones que hay a lo largo y ancho del libro. De igual manera hay que resaltar un abundante cúmulo de referencias bibliográficas, las cuales sostienen todo el trabajo tanto en lo teórico como en las partes más aplicadas.

En referencia al futuro podemos recomendar integrar a futuros análisis o a una reedición del libro, que haya un acercamiento a nuevos ámbitos turísticos que se abren paso raudamente en y cerca a muchos entornos patrimoniales, como lo es el vertiginoso crecimiento de la oferta de habitaciones en modalidades no convencionales como *Air Bed and Breakfast (ABB)*, *Home Away* y otras, las cuales, en el Viejo San Juan, pero también en Santurce, ya comienzan a gestar nuevas discusiones por regulaciones que el Estado intenta hacer ante su proliferación. En ese ámbito nos aventuramos a pensar que sería posible reconocer nuevos riesgos y factores de estrés sino se no se entiende realmente la naturaleza y dinámica de estas noveles tendencias. Tales tendencias también originan también procesos de desplazamientos urbanos mejor conocidos por el concepto en inglés «gentrification». Al cambiar las características de la población también hay cambios que puedan ocurrir tanto en las relaciones de propiedad de áreas específicas así como en nuevas formas de interacción de los perfiles residentes y visitantes con los sitios patrimoniales.

Carlos E. Severino Valdez
Dpto. de Geografía
Universidad de Puerto Rico
Abril de 2019